

## ¿Qué pensáis del Cristo?



*Por George Whitefield*

“¿Qué pensáis del Cristo?” - [Mateo 22:42](#)

Cuando agradó al eterno Hijo de Dios habitar entre nosotros, y predicarle las buenas nuevas de salvación a un mundo caído, diferentes opiniones acerca de Él fueron introducidas por distintos grupos. En cuanto a su persona, algunos sostenían que era Moisés, otros que era Elías, o Jeremías, o uno de los antiguos profetas. Pocos le conocían como quien realmente era, el bendito y eterno Hijo de Dios. Y en cuanto a su doctrina (enseñanzas), para el común de la gente, estaba libre de todo prejuicio, y estaban persuadidos del carácter celestial de su venida acerca de hacer el bien, y en la generalidad le oían de buena gana, y decían que era un buen hombre. Pero los gobernadores de mentes mundanas, santurriones y maestros de la iglesia judía, por un lado se acongojaban por su éxito, y por el otro, eran incapaces (nunca fueron enseñados por Dios) de comprender la pureza de Su doctrina. No obstante nuestro Señor habló como como ningún hombre jamás lo hizo e hizo milagros que ningún otro hombre pudo hacer, a no ser que Dios estuviera con él. Y no solo estaban tan encaprichados como para decir que Él engañaba a la gente; sino que también eran tan blasfemos como para decir que estaba aliado con el diablo mismo, y que echaba fuera demonios a causa de Belcebú, el príncipe de los demonios. Sin embargo, los propios hermanos y parientes de nuestro Señor, en conformidad a la carne, estaban tan cegados por los prejuicios y la incredulidad, que en cierto día, cuando Él salió a enseñarles a las multitudes en los campos,

fueron para prenderle, argumentando por estas cosas que “estaba fuera de sí.” (Mr.3:21).

Así fue juzgado el Señor y Rey de gloria bajo el juicio de los hombres, cuando se manifestó en la carne: lejos esté de cualquiera de sus ministros esperar un mejor trato. No, si venimos en el espíritu y en el poder de nuestro Maestro, en esto, como en cada parte de sus sufrimientos, debemos seguir sus pisadas. Los reproches que fueron lanzados sobre Él, también deberán ser arrojados sobre nosotros. Aquellos que recibieron al Señor y Su doctrina, también nos recibirán y oirán por amor de Su nombre. Los pobres, bendito sea Dios, como nuestro presente encuentro testimonia de manera abundante, reciben el evangelio, y el común de la gente nos oye alegremente, mientras que a los que se sientan en la cátedra de Moisés, y les encanta usar ropas largas, siendo ignorantes de la justicia de Dios que es por la fe en Jesucristo, nunca habiendo sentido el poder de Dios obrar en sus corazones, estarán continuamente despotricando en nuestra contra, tratándonos de locos, de que engañamos a la gente, y que actuamos bajo la influencia de demonios.

Pero le es indigno el nombre de ministro de evangelio de la paz, a quien está indispuerto, no solo a ser acusado de tener demonio, sino también a morir por las verdades del Señor Jesús. Es una característica de mercenarios y de falsos profetas, quienes no se preocupan en absoluto por las ovejas, tener a todos los hombres hablando bien de ellos. “Bendito seas, (dijo el Señor a sus primeros apóstoles, y en ellos, a todos los ministros que les sucederían) cuando los hombres desechen vuestro nombre como malo, por causa de mí.” Y sin lugar a dudas que tales ofensas deben venir; por cuanto los hombres siempre estarán juzgando a otros conforme a la manera que ellos mismos tienen de actuar. Y si ellos no se preocupan por obedecer a la doctrina a la cual fuimos entregados, necesariamente deberán, en defensa propia, murmurar contra los predicadores, a fin de que no se les realice la pregunta, que los antiguos fariseos, temieron responder, si confesaban que Juan era un profeta “¿Por qué entonces no le creísteis?” En tales casos, no tenemos nada que hacer sino escudriñar nuestros corazones, y si podemos asegurar nuestras conciencias, delante de Dios, de que actuamos con un solo ojo en Su gloria, de que estamos alegres de poder seguir en nuestro trabajo, y de que no nos interesa en lo más mínimo lo que los hombres o los demonios puedan decirnos o hacernos.

Pero para regresar. Han oído que había varios pensamientos (ideologías) concernientes a Jesucristo, mientras estuvo aquí en la tierra. Y no es tratado de otro modo, incluso ahora, cuando ha sido exaltado para

sentarse a la diestra del Padre en los cielos. Un extraño al cristianismo, estaría aquí, para escuchar que todos profesamos a un mismo Señor, infiriendo, naturalmente, que todos hablamos y pensamos lo mismo acerca de Él. Pero ¡ay!, para nuestra vergüenza ha de mencionarse, que aunque Cristo no está dividido en sí mismo, los profesantes están tristemente divididos en sus pensamientos acerca de Él. Y eso, no solo en las circunstancias de nuestra religión, sino también en aquellas verdades esenciales, las cuales necesariamente deben ser creídas y recibidas por nosotros, si alguna vez esperamos ser herederos de la salvación eterna.

Muchos, y me temo que una multitud, la cual un hombre no podría contar con facilidad, que están entre nosotros, y que se llaman a sí mismos cristianos, rara vez o tal vez nunca piensan en Jesucristo en lo absoluto. Pueden andar pensando en sus compras y en sus fincas, sus juegos, sus vales, sus asambleas, y en sus carreras de caballos (entretenimientos que tienden directamente a excluir la religión en el mundo). Pero en cuanto a Cristo, el autor y consumidor de la fe, el Señor que ha comprado a pobres pecadores con su sangre preciosa, y quien es el único digno en quien pensar, ¡ay!, Él no está presente en lo absoluto, o a lo sumo, en muy pocos de sus pensamientos. Pero créanme, ¡oh, vosotros mundanos!, sensuales, profesantes de mentes carnales, lo poco que puedan haber pensado de Cristo ahora, o cualquiera sea lo que se hayan esforzado por mantenerlo fuera de sus pensamientos, persiguiendo el deseo de los ojos, la lujuria de la carne, y la vanagloria de la vida, aun, hay un tiempo acercándose cuando desearan haber pensado más acerca de Cristo y menos en sus placeres y beneficios. Los vistosos, los educados, y también el rico han de morir como todos, y dejarán atrás sus pomposidades y vanidades, y todas sus riquezas tras de sí. ¡Y oh!, ¿qué pensamientos concernientes a Jesucristo ha de entretenerles en esa hora?

Pero no es mi propósito entrar en tales reflexiones: me desviarían demasiado del designio principal de mi discurso, el cual es mostrar a aquellos que estén verdaderamente deseosos de saber cómo adorar a Dios en espíritu y en verdad, lo que deben pensar acerca de Jesucristo, a quien Dios ha enviado para ser el cumplimiento de la ley y la justicia de todos cuantos en Él creen.

Confío, hermanos míos, que ustedes son honrados como para andar pensando que soy estricto o escrupuloso, en estos intentos de regular sus pensamientos acerca de Jesucristo. Por nuestros pensamientos, así también como nuestros dichos y acciones, seremos juzgados en el gran día. Y en vano esperamos creerlo, o adorar a Cristo rectamente, al menos que nuestros principios, en la cual nuestra fe y prácticas están

fundadas, estén en conformidad con las sanas palabras que nos han sido entregadas mediante la Palabra de verdad.

Además, muchos engañadores han salido por ahí en el mundo. Mera moralidad pagana, y no Jesucristo, es predicado en la mayoría de nuestras iglesias. ¿Y cómo podría la gente pensar correctamente sobre Cristo, si apenas han oído de Él? Soporten conmigo un poco entonces, mientras, para informar a sus conciencias, les hago unas preguntas concernientes a Jesucristo. Porque no hay otro nombre dado bajo del cielo, por el cual podamos ser salvos, sino éste.

*Primero*, ¿Qué piensas acerca de la persona de Cristo? “¿De quién es hijo?” Esta es la pregunta que el Señor les hizo a los fariseos en las palabras del siguiente texto; y nunca ha sido tan necesario repetir esta pregunta como en estos últimos días. A causa de multitudes que dicen ir tras de Cristo, y me temo, que muchos quienes pretenden predicarle, están profundamente inmiscuidos en la cátedra blasfema, tan abiertamente como para negar su real existencia, y de verdad, propiamente a Dios. Pero nadie quien haya sido participe de Su Espíritu, hablará livianamente de Él. No; si son interrogados, como Pedro y sus hermanos lo fueron, por “¿Quién decís que soy Yo?”, responderán sin titubear, “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” Por la confesión de la divinidad de nuestro Señor, es la roca sobre la cual edificará su iglesia. ¿Será posible arrebatarla, prevalecerán las puertas del hades contra ella? Mi hermano, si Jesucristo no fuera Dios, el verdadero Dios, no predicaría Su evangelio nunca más. Porque no habría evangelio; solamente sería un sistema de éticas moralistas. Seneca, Cicero, o cualquiera de los filósofos gentiles, sería tan bueno como Salvador como Jesús de Nazaret. Si la divinidad de nuestro Señor que certifica su muerte, y lo hizo un sumo sacerdote para nosotros, quien por las misericordias infinitas de su sufrimiento podría ofrecer un total, y perfecto sacrificio, propiciación y ofrenda para la justicia infinitamente transgredida. Y que cualquier ministro de la iglesia de Inglaterra haga uso de sus formas, y como de su pan, más aún no sostiene esta doctrina (como me temo que mucho de los tales se están desviando de entre nosotros), tal persona, únicamente pertenece a la sinagoga de Satán. El tal no es un hijo o ministro de Dios: no; es un lobo disfrazado de oveja, es un hijo y ministro de aquel perverso como él solo, el diablo.

Muchos pensarán que estas son palabras duras; pero creo que no existe violación del amor en decir que un arriano o sociniano no puede ser cristiano. Los unos quieren hacernos creer que Jesucristo es un dios inventado, lo cual es una contradicción en sí misma: y los otros querrán que los veamos como buenos hombres. Y en lugar de entender su

muerte como una expiación por los pecados del mundo, nos dirán que Cristo murió para sellar con su sangre la verdad de la doctrina oculta. Pero si Jesucristo no fuera más que un simple hombre, si no fuera realmente Dios, sería el pecador más vil que jamás haya aparecido en el mundo. Mas Él aceptó la adoración divina del hombre que había nacido ciego, tal como leemos en Juan 9:38 “Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró.” Además, si Cristo no sería propiamente Dios, nuestra fe sería vana, y estaríamos aún en nuestros pecados: por ninguna ser creado, aunque fuera de primer nivel, podríamos posiblemente merecer algo de Dios; fue la divinidad de nuestro Señor, la única que lo calificaba para quitar el pecado del mundo; y por consiguiente escuchamos a S. Juan decir tan positivamente “y el Verbo era con Dios, y no solo eso, sino que el Verbo era Dios.” (Jn. 1:1). Por la misma razón, S. Pablo dice que Él (Jesucristo) “era en la forma de Dios”, y que “en Él habita toda la plenitud de la deidad.” Sin embargo, Jesucristo asumió el título que Dios se da a sí mismo “antes de que Abraham fuera, Yo Soy”, y de nuevo “Yo y mi Padre, uno somos.” Estas últimas palabras, aunque los infieles de nuestros días suelen evadirlas y obviarlas, como lo hacen con otras partes de la Escritura para su propia condenación, dan evidencia de que los judíos entendieron a nuestro Señor cuando les habló, haciéndose igual a Dios; de lo contrario, ¿Por qué lo apedrearían por blasfemo? Y ahora, lo que sí debería ser tomado como una falta hacia el amor, es afirmar que aquellos quienes niegan la divinidad de Jesucristo, en el más estricto sentido de la palabra, podrían ser cristianos. Porque son incluso más infieles que los demonios mismos, los cuales confesaban saber que Él era “el Santo (ungido) de Dios.” No solo creían, lo cual es mucho más de lo que los incrédulos hacen en esta generación, sino que también temblaban. Y si fuera posible para los archi-hereses, ser liberados de sus cadenas de oscuridad, bajo las cuales (a no ser que cambien sus principios antes de morir) yacen ahora reservados para el gran día del juicio, seguramente nos dirían que ¿cómo demonios iban a creer en la divinidad de Jesucristo?, y les advertirán a sus seguidores para que aborrezcan sus principios, a fin de que no entren en el mismo lugar, y por lo tanto no aumenten así el tormento de cada uno de ellos.

Pero, *tú*, ¿qué piensas de la humanidad, o encarnación de Jesucristo? Porque, Cristo no solamente era Dios, sino que era Dios y hombre en su misma persona. Así corre, en su contexto, el texto: “Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David. Él les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor...” (Mt.22:41-43). De este pasaje se hace evidente, que no estaremos en lo correcto sobre la persona de

Jesucristo, al menos que lo entendamos como perfecto hombre y el perfecto Dios, o como un alma perfecta y un cuerpo humano en plena subsistencia.

Porque, es por este motivo que se lo llama el Cristo, o el Ungido, quien de su propia oferta voluntaria, fue apartado por el Padre, y fortalecido y calificado por la unción o comunicación del Espíritu Santo, para ser el mediador entre Él y el hombre culpable (infractor).

La razón por la cual el Hijo de Dios tomó sobre sí nuestra naturaleza, fue, la caída de nuestros primeros padres. Espero que no haya presente nadie tan ateísta, como para pensar, que el hombre se hizo (inventó) a sí mismo; no, fue Dios quien nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos. Y estoy dispuesto a creer, que nadie es tan blasfemo como para suponer, que si Dios nos hizo, entonces nos hizo en la forma (forma pecadora) de criaturas tal y cual nos encontramos ahora. Esto sería decir que la palabra de Dios miente, la cual nos afirma que “Dios hizo al hombre a Su imagen (y no la imagen actual que ahora cargamos en nuestras alma).” Así como Dios creó al hombre, lo creó perfecto. Lo puso sobre el jardín del Edén, y condescendió a entrar en un pacto con él, prometiéndole vida eterna, bajo la condición de una perfecta obediencia sin pecado; amenazándolo con muerte eterna si rompía Su ley y comía del fruto prohibido.

El hombre lo comió; y actuando como nuestro representante, nos puso tanto a él como a nosotros bajo maldición, con lo cual Dios, el Juez Justo, ya había advertido la consecuencia de su desobediencia. Pero aquí comienza aquel misterio de la piedad, Dios manifiesto en la carne. Previendo el Padre eterno (canten, oh Cielos, y regocíjate, oh tierra) heriría el calcañar del hombre, tenía en su eterno consejo determinado un medio por el cual Él heriría en la cabeza a esa maldita serpiente. Al hombre se le permitió caer, y ser sujetado a la muerte; pero Jesús, el unigénito Hijo de Dios, engendrado del padre antes de todos los mundos, la Luz de la luz, el verdadero Dios, se ofreció a morir para realizar una expiación por sus transgresiones, y cumplir toda justicia en lugar de ellos. Y como era imposible que hiciera esto mientras fuera Dios, siendo el hombre un transgresor, era necesario que todo esto lo fuese hecho en la persona de un hombre; en lugar de que nos perdimos (perezcamos), este Dios eterno, este Príncipe de Paz, este Anciano de Días, en la plenitud del tiempo, teniendo un cuerpo preparado para sí por medio del Espíritu Santo, se convirtió en un niño.

En ese cuerpo desempeñó una total obediencia a la ley de Dios; por lo cual Él, en lugar nuestro, cumplió el pacto de las obras, y fue obediente (y sujetado) hasta la muerte, siendo ésta muerte de cruz; para que Dios pueda ser satisfecho, debió sufrir y obedecer en forma de hombre; y

siendo Dios mismo y hombre en la misma persona, pudo de una vez conseguir entre Dios y nuestras almas.

Y ahora, ¿Qué piensas de este amor de Cristo? ¿No crees que fue maravillosamente grande? Especialmente cuando consideras que éramos los peores enemigos de Cristo, y que a pesar de que nosotros hubiéramos perecido sin más para siempre, Él hubiera sido infinitamente feliz en sí mismo. Cualquiera pueda ser lo que pienses al respecto, sé que los bienaventurados ángeles, a quienes no les concierne tanto este gran misterio de la piedad como a nosotros, tienen más alto concepto de ello. En verdad, que anhelan mirar sobre esto, y admirarlo, durante toda la eternidad. ¿Por qué, oh, por qué pecadores? ¿Por qué no piensan sobre este amor de Cristo? Seguramente debe de derretir el corazón más duro. Mientras estoy hablando, el pensar en este condescendiente e infinito amor, inflama y calienta mi corazón. Podría morar en el eternamente. Pero os conviene a vosotros, que os haga otra pregunta concerniente a Jesucristo.

En *tercer lugar*, ¿qué entienden por ser justificados por Cristo? Creo que puedo responder por algunos de ustedes; pero me temo que muchos creen poder ser justificados, o ser tenidos por justo frente a los ojos de Dios sin Jesucristo. Pero los tales, han de hallarse a sí mismos terriblemente equivocados. Porque, fuera de Cristo, “Dios es fuego consumidor.” Otros se auto-satisfacen con creer que Cristo era Dios y hombre, y que vino al mundo a salvar a los pecadores en general; mientras que su principal preocupación debería ser, como pueden asegurarse de que Jesucristo vino al mundo a salvarles de manera personal (particular). “Y lo que ahora vivo en la carne (decía el Apóstol), lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.” (Gál.2:20). Observen, “*por mí*”: es la aplicación inmediata de Jesucristo a nuestros corazones; y eso de que somos justificados ante la mirada de Dios, solo es, en, o, a través de Él; pero luego, le hacen Salvador en parte (y no completamente). Ellos, están para hacer lo que por ellos mismos ya pueden, y entonces, recién aparece Jesucristo para compensar las deficiencias que puedan aparecer en sus propias justicias. Este es el sumun y la esencia misma de nuestra divinidad moderna. Y fue posible para mí conocer los pensamientos de la mayoría de cuantos me escuchan en este día. Pienso que me dirán, que este fue el esquema que habían establecido, y tal vez del que venían dependiendo de hace años, para su salvación eterna. ¿No ha sido ya bastante el tiempo, hermanos míos, por el que han albergado varios pensamientos distintos acerca de la justificación por Jesucristo? En caso de que piensen así, están igual que los infelices Judíos, quienes no queriendo someterse, querían establecer sus propias justicias,

perdiéndose así de la justicia que es de Dios por la fe en Cristo Jesús, Señor nuestro. ¿Qué pensarías entonces, si te digo que puedes ser justificado gratuitamente (por gracia) mediante la fe en Cristo Jesús, sin tener en cuenta ninguna obra o adecuación prevista en nosotros en lo absoluto? La salvación es un don de Dios por gracia; no conozco aptitud alguna en el hombre para esto, sino la sola aptitud para ser arrojado en lago de fuego y azufre para siempre. Nuestras justicias, ante los ojos de Dios, no son más que trapos inmundos, no se satisfará con ellos. Nuestra santidad, si es que tenemos alguna, no es la causa, sino el efecto de nuestra justificación (por Cristo) en los ojos de Dios. “Amamos a Dios porque Él nos amó primero.” No debemos acercarnos a Dios como lo hizo el fariseo, presentándonos como en un ajuste de cuentas por nuestros servicios; debemos acercarnos en el lenguaje y el temperamento del pobre publicano, golpeando nuestro pecho, y diciendo, “Dios, sé propicio a mí pecador” por la justicia de Jesucristo, tal como que soy un impío. Él no vino a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. Solo los pobres en espíritu, solo quienes están dispuestos a negarse a sí mismos, y confían plenamente en la justicia de otro, son tan bienaventurados (bendecidos), como para ser miembros de Su reino. La justicia, toda la justicia de Jesucristo, nos es imputada, en lugar de la nuestra: “ya no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia, y a todos los que caminan en esta regla, paz sea sobre ellos.”; y esto es solo, y únicamente, para el verdadero Israel de Dios. En la gran obra de la redención del hombre, la jactancia queda completamente excluida. Lo cual no podría ser, si aunque sea, tan solo una de nuestras obras sería unida a los méritos de Cristo. Nuestra salvación es toda de Dios, de principio a fin. No es por obras, para que nadie se gloríe (o se jacte); el hombre no tiene participación alguna en la salvación. Es Cristo, quien por Dios Padre, nos es contado por sabiduría, justicia, santificación, y eterna redención. Su obra, así como su obediencia sumisa, son aplicadas sobre los pobres pecadores. Él completó (llenó) toda justicia en lugar nuestro, para que fuésemos hechos justicia de Dios en Él. Todo lo que tenemos que hacer, es aferrarnos a su justicia por medio de la fe, y en el mismo momento en que nos ligamos, por una fe viva, a su justicia, desde ese mismo instante somos asegurados, porque la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado. “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hch.2:39). Si nosotros, y toda nuestra casa creen, seremos salvos, como el carcelero y su casa lo fueron. La justicia de Jesucristo es una justicia perfecta y eterna. Sigue siendo tan eficaz ahora para todos los que creen en Él, como lo fue antes; y siempre lo será, hasta que el tiempo deje de ser. Escudriña las escrituras, como



hacían los de Berea, y fíjate si estas cosas no son así. Escudriña las epístolas de S. Pablo a los Romanos y a los Gálatas, y encontrarás ésta doctrina tan claramente enseñada, que, al menos que tengas ojos y no veas, así como corres, leerás. Mira el artículo 17 de nuestra Iglesia: “Somos tenidos por justos delante de Dios, por la fe solamente en los méritos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y no por nuestras obras o derecho alguno.”

La doctrina de nuestra justificación por gracia mediante la fe en Jesucristo, es censurada y tenida por blasfemia por nuestros actuales Maestros de Israel, sí, fue demasiada estimada por nuestros sabios antepasados; en las propias palabras del artículo ya citado, es llamada la *doctrina más saludable*, y llena de todo consuelo. Y así también lo es para todos los que están trabajados y cargados, y se hallan verdaderamente deseosos de encontrar descanso en Jesucristo.

Esto es el evangelio. Esto son las buenas nuevas de gran gozo para todos aquellos quienes se sientan pobres, perdidos, desechos, y condenados pecadores. “A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio” (Isa.55:1). Contemplad la fuente abierta en el costado del Salvador, para limpiarnos de todo pecado e impureza. “Mirad, al que ustedes han traspasado;” busquen en Él la fe, y serán verdaderamente salvos, a pesar de que solo hayas venido aquí para burlarte y blasfemar, y de nunca antes hayas pensado en Dios, o en Cristo.

Y no pienses que Dios va a salvarte a causa de, o por la suma de tu fe: porque la fe es una obra, y así, te estarías justificando por tus obras; pero entonces te diré, somos justificados por la fe, quiero decir que la fe es el instrumento por el cual el pecador aplica, o trae a casa, la redención de Jesucristo a su corazón. Y a quienquiera que Dios le otorgue tal fe (porque es un don gratuito de Dios), puede levantar la cabeza con valentía, sin temor; ya que es un hijo espiritual de nuestro David espiritual. Ha pasado de muerte a vida, nunca vendrá a condenación. Éste es el Evangelio que predicamos. Si algún hombre, o ángel, predicase otro evangelio, distinto al de ser justificados gratuitamente por medio de la fe en Cristo Jesús, tenemos la autoridad del más grande Apóstol, de declararlo anatema (maldito).

Y ahora, hermanos míos, ¿Qué pensáis de esta locura de predicación? Para ti, que has gustado la buena palabra de vida, que has sido iluminado para ver las riquezas de la libre gracia de Dios en Jesucristo, estoy persuadido de que esto es precioso, y de que ha sido destilado como rocío en sus almas. ¡Y oh, ojalá todos pensarán lo mismo! Pero me temo, que muchos ya se disponen a marcharse contradiciendo y

blasfemando. Díganme, ¿no hay muchos de ustedes diciéndose para sí, “esta es una doctrina licenciosa; este predicador está abriendo una puerta para fomentar el pecado?” Pero esto no me sorprende para nada, es una vieja, y anticuada objeción, tan vieja como lo es la doctrina de la justificación; y además, esta objeción (lo cual por cierto, no les otorga mucho crédito a los que ahora lo hacen), fue hecha por un infiel. S. Pablo en su epístola a los Romanos, luego de haber demostrado y probado, en los primeros cinco capítulos, la justificación por la sola fe; en el sexto, cita las palabras de un incrédulo: “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?” (Rom.6:1). Pero, así como rechazó tal inferencia con un “Dios no lo permita” (en ninguna manera), también lo hago yo: por cuanto la fe que predicamos, no es una fe muerta especulativa, un asentimiento a las cosas creíbles, como comúnmente se definen: no es una fe de la razón solamente, sino también del corazón. Es un principio viviente obrando en el alma, por el Espíritu del Dios eterno y viviente, convenciendo al pecador de su condición perdida, y desecha por naturaleza; permitiéndole aplicar y aferrarse sobre la perfecta justicia de Cristo Jesús, gratuitamente ofrecida en el evangelio, y llevándolo continuamente hacia un principio de amor y gratitud, a mostrar por aquella fe, la cual le hace abundar en cada buena palabra y obra. Éste es el sumun y la esencia de la doctrina que nos fue dada. Así que juzgad vosotros si esto es una doctrina licenciosa. No, mis hermanos, esto no para destruir, sino para enseñaros como hacer buenas obras, a partir de un principio adecuado. Haré uso de las palabras de nuestra Iglesia en otro de sus artículos: “Las obras echas antes (o aparte) de la gracia de Jesucristo, y de la inspiración del Espíritu Santo, no complacen a Dios, por cuanto no son nacidas de la fe en Cristo Jesús; antes bien, en cuanto a aquellos quienes no hacen conforme a lo que Dios les ha declarado y ordenado, no tenemos dudas de que se hayan bajo la naturaleza de pecado.” Así que, aquellos que te ordenan a realizar obras, para entonces recién vivir, son tan sabios (más bien necios), como aquellos que te instan a construir una hermosa y magnífica casa, sin asentar ningún fundamento.

Es cierto, la doctrina de la justificación por gracia mediante la fe en Jesucristo, al igual que otras verdades del Evangelio, pueden ser y serán abusadas por hombres de mentes corruptas, réprobos en cuanto a la fe. Pero aquellos que reciben la verdad de Dios en Su amor, siempre estarán mostrando su fe por sus obras. Por esta razón: Pablo, luego de haberles dicho a los Efesios; “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.” (Ef.2:8-9), inmediatamente añade; “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras...” (Ef.2:10).

Y en la epístola de Tito, luego de haberle dado las directivas para decirle a la gente que somos justificados por gracia, inmediatamente añade; “Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras...” (Ti.3:8). En concordancia con esto, en nuestro artículo número 12 declaramos: “Aunque las buenas obras, las cuales son los frutos de la fe que le siguen a la justificación, no pueden quitar nuestros pecados, ni soportar la severidad del juicio de Dios; sin embargo, son agradables y aceptas a Dios en Cristo; y son nacidas, necesariamente, de una fe viva, de tal manera, que una fe viva puede ser visiblemente reconocida por los demás, así como un árbol lo es por sus frutos.”

¿Qué podría agregar?, ¿si este artículo fue debidamente comprendido y predicado por todos los que estuvieron suscritos a él! El arca del Señor no sería entonces trasportada por el desierto, ni muchas personas disenterían con la Iglesia de Inglaterra. Pero estoy totalmente persuadido, que eso no sucede tanto cuando se trata de los ritos y las ceremonias, como con el no predicar la verdad tal cual se nos es dada en Jesús, por lo que muchos han sido obligados a irse para buscar alimento en otros lados. Cayendo de nuestras doctrinas establecidas, comparativamente hablando, ¿no caemos también de la Iglesia Establecida? Donde Cristo sea predicado, aunque sea en una iglesia o en un lugar ordinario, deben y tienen que entrar libremente los disidentes de todas las denominaciones. Pero si nuestro clérigo solo predicara la ley, mas no muestra el camino de la salvación por la fe en Cristo, me temo que la carga del cisma en el día del juicio, recaerá en primer lugar sobre su puerta. La verdadera oveja de Cristo, oye la voz de Cristo, el verdadero pastor, más a los extraños no los oirán.

Observad, mi querido hermano, las palabras del artículo: “Las buenas obras son los frutos de la fe, que le siguen a la justificación.” ¿Cómo pueden las obras preceder a la fe, o ser en alguna manera la causa de ella?

Nuestras personas (nuestro ser) debe ser justificado, antes de que nuestras performances puedan ser aceptadas. Dios tuvo estima por Abel, antes de tenerla por su ofrenda; y consecuentemente, la justificación de Jesucristo debe sernos imputada por gracia, y abrazada por nosotros mediante la fe, antes de poder ofrecer algún sacrificio aceptable a Dios. Porque fuera de Cristo, como ya he dado a entender con anterioridad, Dios es fuego consumidor: y cualquier cosa que no sea nacida de la fe en Cristo, es pecado.

Creo que el error por el cual la gente confunde la doctrina de la justificación por gracia, en parte se debe a que no están considerando correctamente las diferentes personas a las que Pablo y Santiago se

dirigen en sus epístolas; como también a los diferentes tipos de justificación de los que cada uno escribe. La primera afecta a línea sobre línea, argumento sobre argumento, “somos justificados solamente por la fe.” La última plantea esta pregunta, “¿no fue Abraham justificado por las obras?” De donde muchos hombres, sin tener en cuenta los distintos puntos de vista de estos santos, y a los distintos destinatarios a quienes escriben, han mezclado y unido la fe con las obras, en orden tal de que sean las obras quienes nos justifican delante de Dios. Pero esto es un error capital; Porque Pablo le estaba escribiendo a los judíos prosélitos, quienes procuraban justificarse por las obras, no solo las obras ceremoniales, sino también las de la ley. En contradicción con esto, Él les dice que solo serán justificados ante los ojos de Dios por la justicia perfecta de Jesucristo, la cual se toma por fe. Santiago tenía un tipo distinto de gente con la cual lidiar; abusaban de la doctrina de la justificación por gracia, y pensaban que eran salvos (como lo hacen muchos de entre nosotros), por apenas profesaban creer en Jesucristo. A lo que el Santo Apóstol se esfuerza sabiamente en convencerlos de que tal fe, no es sino una fe falsa y muerta; y por lo tanto, que era necesario que todos los que serían bendecidos con el fiel Abraham, deberían mostrar su fe por sus obras, tal como él lo hizo. “¿No fue Abraham justificado por las obras?” (Stg.2:21). ¿No dio pruebas de que su fe, era una verdadera fe que justifica, al ser productora (generadora) de buenas obras? De donde está claro que Santiago está hablando de una justificación declarativa ante los hombres; muéstrame, demuéstramelo, dame evidencia, por tus obras, de que tienes una fe verdadera. Mientras que Pablo, solamente está hablando de nuestro ser justificado delante de Dios; y así, muestra como Abraham, como también nosotros debemos serlo, fue justificado incluso antes de que las leyes y las ceremonias (ordenanzas) les fueran dadas a los judíos, por cuanto escrito está: “Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia” (Rom.4:3b)

Tome la esencia de todo lo dicho en las siguientes y pocas palabras. Cada hombre que es salvado, es justificado de tres maneras: Primero, *meritoriamente* (no por nosotros), esto es, por los méritos de la muerte de Cristo: “es la sangre de Jesucristo la que nos limpia de todo pecado” (1.Jn.1:7b). En segundo lugar, *instrumentalmente*, por la fe; la fe es el medio o el instrumento por el cual los méritos de Jesucristo son aplicados al corazón pecador: “pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gál.3:26). En tercer lugar, somos justificados *declarativamente*; a saber, por las buenas obras; éstas le declaran y le prueban al mundo, que nuestra fe, es una fe verdadera y salvífica. “¿No fue Abraham justificado por las obras? (Stg.2:21). Y de nuevo, “muéstrame tu fe por tus obras.”

Puede que no sea inapropiado ilustrar esta doctrina mediante uno o dos ejemplos. Supongo que nadie pretenderá decir que había aptitud alguna en Zaqueo el publicano para su salvación, cuando fue a ver a Jesús sin un mejor motivo por el cual otros miles de personas también fueron llevadas a escucharle predicar; me refiero a la curiosidad: Pero Jesucristo previendo esto, le llamó por su libre gracia, y dulcemente, lo inclinó de manera irresistible a obedecer su llamado. Mientras le oro a Dios, esto tal vez pueda influenciarles a todos ustedes, quienes solo han venido para ver quién es el predicador. Zaqueo recibió a nuestro Señor gozosamente en su casa, y al mismo tiempo por la fe le recibió en su corazón. Zaqueo fue entonces justificado gratuitamente (por gracia) ante los ojos de Dios. ¡Pero, contemplad los frutos inmediatos de tal justificación! Entonces, puesto de pie, se para en el medio, y justo después de haber creído en su corazón, confiesa ahora con la boca para salvación: “He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado.” (Lc.19.8). Y de la misma manera sucederá contigo, oh creyente, tan pronto con el amado Hijo de Dios te sea revelado mediante una fe viva. No tendrás descanso en tu espíritu hasta que, por el amor y la gratitud por lo que Dios ha hecho por tu alma, des muestras claras de tu fe por medio de tus obras.

Y de nuevo, supongo que todo el mundo podrá asegurar que no había aptitud (condición) alguna en Saulo el perseguidor; no más de la que hay en los perseguidores fanáticos de hoy en día, quienes ya están suspirando amenazas, y de poder hacerlo, suspirarían también anhelantes de masacres contra los discípulos del Señor.

Ahora, sabemos que nuestro Señor lo guardó en su gracia (Oh, ojalá llamara así a los perseguidores de esta era) y por una luz del cielo, lo dejó tendido en el piso. Al mismo tiempo, mediante Su Espíritu, le punzó en su corazón, convenciéndolo de pecado, haciéndole exclamar: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?...” (Hch.9:6). Y así será con toda pobre alma que crea en el Señor Jesucristo de todo su corazón. Estará constantemente preguntando, “Señor, ¿qué debo hacer por Ti?, ¿qué quieres que yo haga?” No para justificarse a sí mismo, sino solo para evidenciar la sinceridad de su amor y agradecimiento para con su misericordioso gran Sumo Sacerdote, por haberlo arrancado como a un tizón arrebatado del incendio.

A lo mejor, muchos que se creen justos (farisaicos) de entre ustedes, puede que los adulen, y les digan que ustedes no son tan malos como lo eran Zaqueo o Saulo, y que por lo tanto, hay una mejor aptitud para la salvación en ustedes que en ellos. Pero, si piensan así, sin duda alguna que están teniendo un mayor concepto de sí que el que deben tener:

porque por naturaleza somos todos iguales, estamos igualmente destituidos de la gloria de Dios, igualmente muertos en delitos y pecados, y es necesario que se ejerza en todos el mismo poder omnipotente para convertir a cualquiera de las personas más sobrias, de buen carácter, y moralistas aquí presentes, de la misma forma que fue ejercido en Zaqueo el publicano y el reconocido perseguidor Saulo. Y si les fuera posible ascender a lo más alto de los cielos, para consultar a los espíritus de los justos que fueron hechos perfectos, estoy persuadido de que les dirían que esta doctrina proviene de Dios. Pero he aquí que tenemos una palabra profética más segura, a la que hacemos bien al prestarle atención, como a una luz que brilla en la oscuridad. Hermano mío, la palabra te está cercana; escudriña las escrituras; ruega a Dios para que te haga apto de ser salvo en el día que manifieste su poder; y no es por carne ni sangre que estas cosas te pueden ser reveladas, sino solo por el Espíritu de Cristo Jesús.

En cuarto y último lugar, ¿Qué pensáis de Jesucristo formándose en tu interior? Por cuanto al que Cristo justifica, también lo santifica. A pesar de lo que encuentra en nosotros, no ha de dejarnos yacer impuros, impíos.

Un verdadero cristiano, no puede decir de manera apropiada que es él quien vive, por cuanto es Jesucristo quien vive en él. Aquellos que solamente son guiados por el Espíritu de Cristo, estos, son los verdaderos hijos de Dios.

Como ya he dicho antes, les vuelvo a decir, que la fe que predicamos, no es una fe muerta, sino una fe viva y activa obrando en el alma, obrando un cambio profundo, por el poder del Espíritu Santo, en la totalidad del ser; y al menos que Cristo esté en ti, sin importar cuan ortodoxo en cuanto a los principios antiguos seas, sin importar cuan buenos deseos tengas, y cuanto asistas a los métodos de la gracia; aun así, como S. Pablo dijo, te encuentras fuera del estado de salvación. “¿O no os conocéis a vosotros Mismos (les decía el apóstol a los Corintios, quienes eran reconocidos por sobrepasar en dones a cualquier otra iglesia debajo del cielo), Que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” (2.Cor.13:5b)

Así que Cristo no solo vino para salvarnos de nuestras culpas (estado de culpable ante la ley de Dios), sino también del poder de nuestros pecados; hasta que haya hecho esto, mientras sigue salvando a otros, no podemos asegurarnos de tener bien fundamentada la esperanza de haber sido salvados; por cuanto se trata de recibir a su Santo Espíritu en nuestros corazones, y de sentirlo dándole testimonio a nuestros espíritus de que somos hijos de Dios, asegurándonos de que fuimos sellados para el día de la redención.

Esto es un gran misterio; pero hablo de Cristo y el nuevo nacimiento. No se maravillen de que les pregunte ¿Qué pensáis de Jesucristo siendo formado en ustedes? A tal caso, o es Dios quien debe cambiar su naturaleza (cosa totalmente imposible), o los transformados somos nosotros. Por cuanto en Adán todo fuimos constituidos espiritualmente muertos, así, todos los que, en efecto, fueron salvos por Cristo, necesariamente deben ser espiritualmente vivificados en Cristo. Su único fin en haber ascendido de nuevo, e interceder por nosotros ahora en el cielo, es redimirnos de la miseria de nuestra naturaleza caída, y, mediante la operación de Su bendito Espíritu, hacernos aptos para participar de la herencia celestial con los santos en luz. Nadie, sino solo aquellos que fueron cambiados (transformados) por Su gracia aquí, han de manifestarse con Él en las glorias venideras.

Así que, mis hermanos, examínense a ustedes mismos a ver si están en la fe; pruébense; y piensen que no es suficiente con afirmar en sus credos que creen en Jesucristo; muchos lo dicen, muchos quienes no creen, quienes están reprobados, y aun yacen en un estado de muerte. Ustedes usan el nombre de Dios en vano cuando le llaman padre, y sus oraciones no son más que pecado, a no ser que vivas en Cristo, a tal punto que tu vida este escondida con Él en Dios, y que recibas vida y sustento de Él, así como los pámpanos reciben de la vid.

Verdaderamente conozco que, los hombres de esta generación niegan que exista tal cosa como la formación de Cristo dentro de ellos; pero ¡ay!, a cuan terrible condición nos reduciría eso, incluso al estado de un pagano abandonado (abandonado a sus concupiscencias), quienes, según S. Pablo, “perdieron toda sensibilidad” (Ef.4:19). El Apóstol ora para que los Efesios puedan abundar en todo conocimiento y entendimiento espiritual, o como podría traducirse, en toda sensación espiritual. Y en el oficio de visitar a los enfermos, el ministro ora, para que el Señor haga saber y sentir al enfermo, que no hay otro nombre bajo del cielo dado a los hombres, en el cual y por el cual puedan recibir la salvación y ser sanados, sino solo el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Porque aquí se manifiesta un sentir espiritual y físico; y aunque esto no nos es comunicado de una manera sensible, tal como los objetos externos afectan nuestros sentidos, es tan real como cualquier sensación visible o sensitiva, y puede ser tan ciertamente sentida y discernida por el alma, como cualquier impresión externa puede ser sentida por el cuerpo. Todos los que son nacidos de Dios, saben que no miento.

¿Qué piensan ustedes, caballeros, que sintió Naamán cuando fue sanado de su lepra? ¿Sintió la mujer que tocó el manto de Jesucristo

salir virtud de Él cuando fue sanada de su flujo de sangre? Cuan seguro has de haberte sentido, oh creyente, cuando Jesucristo entró en tu corazón. Ruego a Dios para que todos ustedes conozcan y sientan esto antes de partir de aquí.

Oh, hermanos, mi corazón se ensancha en pos de ustedes. Confío en que siento algo de aquella oculta, pero poderosa presencia de Cristo mientras les estoy predicando. Es verdaderamente dulce, extremadamente comfortable. Todo cuanto les deseo, a aquellos que sin causa alguna son mis enemigos, es, que sientan esto. Créanme, aunque sería atormentador para mi alma, el retornar a un estado natural otra vez, de buena gana les cambiaría de estado por un momento, para que puedan conocer lo que es tener a Cristo habitando en sus corazones por medio de la fe. No se vuelvan sobre sus espaldas; no dejen que el diablo los arrebate a prisa; no teman de las convicciones; no piensen mal de la doctrina, porque sea predicada fuera de los muros de la iglesia. Nuestro Señor, en los días que habitó en carne, predico sobre un monte, desde una barca, y estando en un campo; y estoy persuadido de que muchos han experimentado su bendita presencia aquí. De hecho, hablamos lo que conocemos. No rechacen el reino de Dios; sed sabios como para recibir nuestro testimonio. No puedo, no te dejare ir; quédate por un poco más, razonemos esto juntos.

Sin importar cuan a la ligera puedan estimar sus almas, sé que para nuestro Señor tienen un precio invaluable. Las pensó dignas de Su sangre, la más preciosa. Os ruego, oh pecadores: Reconciliaos con Dios. Espero que no teman por ser aceptos en el amado. He aquí que Él os ha llamado; he aquí que Él los previene y sustenta con su misericordia, y ha enviado a sus criados por los caminos y por los vallados, para obligarlos a entrar. Recuerda entonces, que en tal hora, de tal día, en tal año, se te ha dicho todo lo que debes creer (pensar) acerca de Jesucristo. Si entonces pereces, ya no será por falta de conocimiento: la sangre de ustedes ya no es sobre mí. No pueden decir que solo les he estado predicando condenación; no puede decir que, como los predicadores legalistas hacen, les he mandado a hacer ladrillos sin paja.

No los he mandado a hacerse santos a ustedes mismos, para luego conocer a Dios; sino que les he ofrecido la salvación en los términos más sencillos que podrían desearse. Les he ofrecido toda la sabiduría de Cristo, toda Su justicia, Su completa santificación y Su eterna redención, si tan solo, no hacen más que creer en Él. Si dices que no puedes creer, dices bien; ya que la fe, como todas las demás bendiciones, es un don (dádiva) de Dios; pero entonces, espera en Dios, y ¿Quién sabe?, a lo mejor tenga misericordia de ti. ¿Por qué no agasajamos pensamientos adorables acerca de Cristo? ¿O acaso piensas



que tendrá misericordia de otros y de ti no? ¿No sois acaso pecadores? ¿Y no vino Jesucristo a éste mundo a salvar a los pecadores? Si dices ser el más grande de entre los pecadores, te digo, que no habrá impedimento alguno para tu salvación, sin dudas que no lo habrá, si te aferras a Él por medio de la fe. Lee los Evangelios, y ve cuan afablemente les trataba, a ellos, quienes huyeron de Él y le negaron: “Ve, dile a mis hermanos”, dice. Nunca dijo, “ve, y dile a esos traidores”; sino, “ve y dile a mis hermanos”, en general, y en especial al pobre Pedro, “que he resucitado”; Oh, consuela su pobre y sollozante corazón, dile que estoy reconciliado con él; que no lllore más amargamente. Pues aunque con maldiciones me negó tres veces, yo, he muerto por sus pecados, y me he resucitado para justificarlo: lo perdono por completo de pura gracia. Así, lento para la ira y grande en misericordia, es nuestro misericordioso Sumo Sacerdote. ¿Y tú crees que ha cambiado su naturaleza, y que se ha olvidado de los desdichados pecadores; ahora que está exaltado a la diestra del Padre? No, Él es el mismo ayer, hoy, y por los siglos, y está allí sentado para interceder en favor nuestro. Venid pues, ramera, acérquense publicanos, venid los más abandonados de entre los pecadores, acérquense y crean en Jesucristo. Aunque todo el mundo os desprecie y os eche fuera, Él no tendrá desdén alguno en levantarlos. ¡Oh asombroso, oh condescendiente amor! Incluso a ti, no se avergonzaría de llamarte su hermano. ¿Cómo escaparás si descuidas el don de una salvación tan grande? ¿Qué darían los espíritus condenados, presos ahora en el infierno, si Cristo les fuera ofrecido a sus almas? ¿Y por qué no levantamos la mirada en tormentos? ¿Se atreve alguien, de entre toda esta multitud, a decir que no merece la condenación? Si no es así ¿por qué unos se marcharon, y otros han sido llevados por la muerte? ¿Qué es esto sino una instancia de la libre gracia de Dios, y una señal de Su buena voluntad para con nosotros? ¡Dejad que la bondad de Dios nos guíe al arrepentimiento! Oh, que haya gozo en los cielos porque algunos de ustedes se estén arrepintiendo! Aunque estemos en un campo, estoy persuadido de que los ángeles benditos se ciernen ahora a nuestro alrededor, esperando, “como el ciervo brama por las corrientes de las aguas”, cantar un himno por sus conversiones. Bendito sea Dios, espero que su gozo sea completado. Un silencio atroz se erige entre nosotros. Mantengo la buena esperanza de que las palabras que el Señor me dio para que les hablase en este día, no caigan todas a una por tierra. Sus lágrimas, y profunda atención, son evidencia de que, Dios, el Señor, realmente está entre nosotros. Vengan fariseos, sí, acérquense y vean, a pesar de su ira y furor satánicos, el Señor Jesús se está haciendo a sí mismo victorioso. Y mis amados, hablo la verdad en Cristo, no miento, si una sola alma de entre ustedes, por la gracia de Dios, es llevada a pensar

salvíficamente sobre Cristo en este día, no me importaría si a mis enemigos les fuera permitido el arrojarme a prisión, y poner mis pies dentro del cepo, tan pronto como haya concluido este sermón. Compañeros, el deseo de mi corazón y mi oración a Dios es, que ustedes puedan ser salvos. Por este motivo, yo sigo a mi Maestro fuera del campamento. No me importa cuanta de Su santa afrenta tenga que soportar, con tal de que algunos de ustedes se vuelvan (se conviertan) de los errores de sus caminos. Me regocijo, sí, y me regocijaré. Hombres, demonios, hagan su mayor esfuerzo: el Señor, quien me ha enviado, me ha de sustentar. Y cuando Cristo, quien es nuestra vida, y a quien he estado predicando, se manifieste, yo, junto con sus despreciados más pequeños, he de aparecer con Él en gloria. Así pues, ¿Qué pensáis del Cristo? Sé lo que pensaréis de Él. Pensaréis entonces que es el más hermoso (el señalado) de entre diez mil: lo creerán y lo sentirán entonces como el Juez justo y vengador del pecado. Querrás besarle en aquel día para que no se enoje, y entonces serás desterrado para siempre de la presencia del Señor. Contemplad, he venido a ti como el ángel que se le acercó a Lot. Huye, huye, por tu vida; apresúrate, no te quedes por más tiempo en tu Sodoma espiritual, o de lo contrario serás destruido eternamente. Sin duda muchos, de los que están entre ustedes, pueden considerarme no más de lo que los hijos en la ley de Lot le consideraban (estimaban). Estoy convencido que a algunos de ustedes no les parezco más que un escarnecedor: más yo les hablo la verdad en Cristo, y no miento; tan cierto como el fuego y azufre que el Señor hizo descender desde los cielos para consumir a Sodoma y Gomorra, tan cierto como que en el gran día, las siete copas de ira de Dios se derramarán sobre vosotros, si no os pones a pensar en esto seriamente, y no actúan en conformidad al evangelio de Jesucristo el Señor. Considerad lo que les he advertido anteriormente; y oro a Dios, para que todos ustedes, quienes le habéis olvidado, penséis seriamente en todo lo que os ha sido dicho, antes de que seáis cortados, y ya no haya quien os libre.

Fin.

#### Notas finales:

Traducido del original en inglés: “What Think Ye of Christ?”, sermón nro 24 del libro digital “Selected sermons of George Whitefield”.

Traducción realizada por Mariano Leiras.